



## Juan Emar: "Ayer" y "Un Año"

Por IGNACIO VALENTE

Hasta la publicación de "Diez", el año pasado, Juan Emar (1893-1964) era un nombre legendario en las letras chilenas. Juan Emar fue el seudónimo de Alvaro Yáñez Bianchi (hijo de Eliodoro Yáñez), extrañísimo ser que dejó cuatro pequeños libros publicados en los años treinta ("Milfin", "Ayer", "Un Año" y "Diez"), y miles de páginas hasta hoy inéditas y quizás ineditables. Ignorado por críticos y profesores, ausente en las historias literarias al uso, del todo desconocido para el gran público, sólo unos pocos escritores parecían haber leído su obra, y esos pocos —Eduardo Anguita, Braulio Arenas, Jorge Teillier— hablaban de él con unción de iniciados, como confiándonos el secreto máximo de la prosa chilena, quizá el único secreto de nuestra destendida prosa.

Y de pronto, la reedición que Edit. Universitaria hace de "Diez" (que apareció sin pena ni gloria allá por 1937) nos sitúa en 1971 —treinta y cuatro años después!— ante un fenómeno literario que no tiene parangón en la historia de nuestra narrativa. Juan Emar, el metafísico, el fantástico, el visionario, el loco, el inocente, el paradisiaco, es la exótica flor de maravilla que ha crecido en el medio gris, naturalista, opaco de la narrativa chilena de este siglo. Décadas enteras han hecho falta para que esta obra precursora, ignorada en su tiempo, madurase en el olvido hasta florecer ante nuestros deslumbrados ojos, atrayendo sobre sí el interés que los últimos años han conferido a la literatura fantástica. A la vista del prodigio se esperarían hoy estudios de los críticos, reportajes de la prensa, desagrávios de la cultura oficial, etc., etc. ¿Se producirán todavía? ¿O la pereza mental de nuestros catadores prevalecerá contra la evidencia de genialidad, que este libro nos ha presentado tardíamente pero sin apelación?

A partir de la impresión que me causó "Diez", y después de muchos rastreos, he llegado a tener en mis manos "Un año" y "Ayer" (Zig-Zag, 1935), en ejemplares que el tiempo tornó amarillos. "Un año" es una especie de diario intermitente, que elige doce jornadas (el día primero de cada mes) y en esta simbólica cronología emplaza acontecimientos fantásticos, a veces puramente interiores, hilvanados por la lógica del absurdo, y presididos por esa visión superior y casi mística que Juan Emar tuvo del universo. Porque es el universo, la amplitud de los espacios del mundo y del alma, de lo real y lo imaginario, lo que vibra tras la leve anécdota de este diario.

El 1º de junio, por ejemplo, Juan Emar observa por una ventana los trajines de los cuatro pisos de la casa de enfrente. La casa se le aparece como un todo, como un ser completo con vida unitaria, y los gestos de los habitantes de cada piso —unos vendedores que extienden sedas, arriba dactilógrafas que escriben, luego una familia que desayuna, por fin un viejo que asoma a la ventana— son gestos simultáneos que componen para el observador una geometría misteriosa, una figura total, ignorada por sus propios protagonistas, que sólo perciben el ámbito de un piso. Ellos no se ven entre sí. Juan Emar lo ve todo: el viejo que asoma a la ventana cuando el señor se abaja tose, que es justo cuando una dactilógrafa vuelve su cabellera dorada, etc. Es la visión de Dios en pequeño, es la figura inteligible de la totalidad. El vejete o la dactilógrafa no sabrán jamás sus misteriosas correspondencias: Juan Emar las sabrá por la eternidad. Ira contra Dios, entonces, por haberlo hecho sentir algo de Su rol. Este es, en abstracto, el asunto de un día de su diario, asunto que en sus propias palabras cobra una intensidad enorme, rayana por igual en la locura y en la extrema sabiduría.

Pues Juan Emar tiene un sentido único de las proporciones, un sentido absurdo y clarividente de la figura que componen los elementos del cosmos. Posee orientación cósmica, talento metafísico, una singular manera de situarse en el reverso de las cuestiones; posee, en fin, todas las dotes necesarias para desanimar al lector de facilidades. Lo que atrae la atención del hombre común, lo importante de la realidad convencional, tiene sin cuidado a Juan Emar. Y ante el detalle despreciable o marginal que otros miran con ojos ciegos, él se asombra y, dotando al mundo de un nuevo centro, construye fantásticas disquisiciones, universos no euclidianos donde sus persistentes fantasmas cobran una presencia casi física.

Sabemos de otros autores que han intentado parecidas aventuras, entre ellos Cortázar, tan estudiado entre nosotros. Pero el propio Cortázar, si la autocrítica no le falla, tendría que considerarse a sí mismo como un artificioso literato, un fabricante de fantasías ocultas, frente a la radical pureza e inocencia de este loco auténtico que fue Juan Emar: un naïf puro, sin impostación, sin muchos contagios literarios, quizá también sin

mayores brillos formales, pero que está muy por encima de escuelas o programas vanguardistas, justamente porque la fantasía metafísica es su régimen mental natural, su morbo íntimo, su manera de ver, su estilo sin estilo: su propia naturaleza más que su propósito literario.

Estas afirmaciones son válidas también para "Ayer", relato de seis experiencias doméstico-metafísicas que el autor vive, en compañía de su mujer y en un lugar imaginario, San Agustín de Tango, durante las horas de una sola jornada: ayer. Nadie, entre nosotros, ha podido unir con la fuerza de Juan Emar una experiencia filosófica o visionaria más profunda a los hechos más triviales de la cotidianidad. La experiencia platónica de la Idea se produce en todo su esplendor mientras Juan Emar observa al caballero barrigón sentado frente a él en una sala de espera, hasta concluir que "el gordo de enfrente es un gordo abstracto", como lo es toda realidad sometida íntegramente al pensamiento. Y a propósito de una anécdota peregrina, el desafío de ir a mirar lo que hay tras un sofá, nos entrega una clarividente descripción psicológica del miedo, casi una fenomenología de lo temible. Y será un urinario, descargando su vejiga, donde alcance la intuición fulminante de la temporalidad, el sentido del tiempo y de lo eterno, y la visión de su propio pasado reducida a un punto intemporal.

Puede que estos juicios superlativos tengan algo exagerado. No necesitarían tenerlo si Juan Emar fuera conocido, y la cultura oficial le hubiera concedido siquiera una pequeña parte del mérito que le corresponde. Pero el silencio de la crítica en su tiempo y en el nuestro, el ominoso olvido al que ha sido lanzado este indagador de absolutos, me induce a acentuar los adjetivos. Y más cuando pienso que sus obras, salvo "Diez", son imposibles de encontrar, y que los manuscritos del inédito "Umbral" —miles de páginas— yacen en el silencio, sin que hasta ahora editor alguno se haya interesado por una selección de sus mejores trozos. Esas páginas y éstas que comento aquí, sin duda irregulares, son más valiosas que las de muchos escritores nuestros que atiborran las historias literarias y los cursos escolares y universitarios. Es hora ya de remediar este desconocimiento, que falsea en un punto esencial el propio panorama de la narrativa chilena del siglo XX.